

# Pasión y juego de la mano



por **Norberto Laterza**  
nlaterza@revistapalermo.net

**A** unos les gustan los caballos de carrera, a otros lo que tiene de lúdico el turf y a otros las dos cosas. Ahora bien, ¿existe alguna supremacía entre ambos? Los hechos demuestran que sobre todas las cosas impera el amor y la pasión por los caballos porque de otra manera son tan abundantes las propuestas de juegos que ya no es necesario ir a un hipódromo para apostar. Entonces se me ocurre que vale la pena analizar las variantes que pueden inclinar la balanza para uno u otro lado en estos tiempos.

No hablo de nuestro pasado hípico porque el turf ha conservado su esencia y fue y es una actividad que no desaparecerá nunca en tanto haya un grupo de personas que mantengan su fuego con el pura sangre, pero los años pasan y aparece como una sombra lo que fue el ayer y lo que es hoy. A muchos asusta, yo entre ellos, la falta de renovación en lo que hace a las generaciones, pero tampoco me alinee con mucha gente que califica al turf como un deporte que luego de un pasado brillante quedó solo en la memoria de la gente más grande para mantenerlo. Si bien es cierto que en la época que empecé a asistir a los hipódromos la presencia que un público donde se mezclaban en partes iguales los jóvenes y la gente mayor era mitad y mitad, en apabullantes números de convocatoria que lo ubicaban en el segundo motivo de atracción después del fútbol, también hay que considerar los cambios que existen en cuanto a posibilidad de ver carreras en directo sentado cómodamente en la casa.

No obstante, hay que diversificar entre quienes van a ver una carrera en el lugar que sea con una mirada deportiva y los que lo hacen

luego de realizar su apuesta. Entre los primeros hay que ubicar a jóvenes que no tienen la posibilidad de poder ver a un animal como lo hacíamos nosotros, los adultos, tirando de un carro lechero, el que vendía pan o el que ofrecía plumeros y artículos de mimbre. Aunque parezca mentira, muchos los veíamos con alegría e incluso los vendedores cuando nos observaban en la vereda nos dejaban tocarlo, logrando de esa manera una primera emoción y un conocimiento que luego se trasladaba por el resto de la vida. En ese aspecto me refiero a los que vivíamos en la capital, porque en el interior la cosas eran bien distintas y se mantienen todavía, como lo certifica actualmente los testimonios de jockeys y aprendices cuando se les pregunta como decidieron dedicarse a esta profesión y casi todos dicen: “yo empecé de chico a tener contacto con los caballos y montaba desde 10 y a los 14 años corría en las cuadreras”.

En lo que se refiere al juego, apostar a un caballo es una cuestión que atañe a un placer lúdico con el uno nace y no tiene ninguna razón como para sentirse culpable. El daño lo produce la falta de límite para hacerlo, como el que come demasiado, se droga, es alcohólico y muchos más motivos que certifica que toda exageración es habitualmente dañina. Los que queremos a las carreras hemos sentido durante décadas el estigma de la crítica maligna de los que no participan de nuestros gustos, pero eso afortunadamente ha sido superado en la actualidad, sobre todo cuando se dan cuenta de la diferencia que existe entre un juego en el que hay que estudiar-las performances y otros ítems de los competidores- y los que encuentran su goce en una bolita que gira, un resultado de lotería o la fascinación de una maquinita tragamonedas.

Las dos cosas, carreras de caballos y juego, van de la mano y está bien que así sea, el hombre nace libre y tiene todo el derecho del mundo para transitar por esta vida haciendo lo que le gusta.